

Oíd y horrorizaos. Prevenía la ley que los malhechores fuesen azotados, con tal condición que no pasase de cuarenta el número de los azotes, por que, dice, no caiga tu hermano delante de ti feamente despedazado: *Quadragenarium numerum non excedant*¹; uno más que recibiesen, quedaban para siempre infames é inhabilitados para todo cargo ó dignidad en la república. Por donde, cuantas veces azotaron á San Pablo los judíos, que fueron á lo menos cinco, tuvieron advertencia de no traspasar y aun de no llegar al número prescrito, con que pretendían ganarlo para sí y darle esperanza de pingües y honoríficos empleos². Pues bien, hermanos míos; los azotes descargados sobre el cuerpo inmaculado de Jesús, no ya pasaron de cuarenta, con que para siempre quedara infame, sino de mil, con que quedó su Majestad afrentadísimo y por todo extremo infame ante la ley. Y comoquiera que no había determinado el juez la cantidad de los azotes, ni el número de los brazos, ni la duración del tormento, sino que todo lo dejó al arbitrio y voluntad de la soldadesca, *Jesum vero tradidit voluntati eorum*, ¿qué hicieron aquellos ministros de Satanás? Armáronse para la sangrienta carnicería y aprestaron sucesivamente toda suerte de látigos y disciplinas; y ya con fúdosas varas, ya con rígurosos nervios, unas veces con cordeles, otras con abrojos, otras con cadenas de hierro, herían y harpaban aquellas delicadísimas carnes; y acardenalado todo el sacratísimo cuerpo, y rasgados los cueros, y reventando la sangre y corriendo á hilo por doquiera, y ellos no hallando parte sana donde descargar los golpes, añadían llagas sobre llagas, heridas sobre heridas, dolores sobre dolores: *Super dolorem vulnerum addiderunt*³, hasta ensañarse y encruelcerse en las entrañas.

¿Qué raza de hombres es ésta? ¿qué peñascos los engendraron? ¿qué tigres ó hienas los amamantaron? ¿qué infernales espíritus los esforzaban? ¿Cómo no se les cayeron los azotes de las manos al ver el bendito cuerpo desnudo, purísimo, inmaculado de aquel mancebo, el más hermoso

(por autoridad)

y ejemplo de San Pablo)

y los que dieron al Salvador.

§) de los instrumentos.

por enumeración

y gradación patética.

γ) de la sarta de los verdugos.

y vergonzoso de los hijos de los hombres? ¿Cómo no desmayaron al mirar aquella carne concebida del Espíritu Santo, por todas partes abierta y despedazada? ¿Cómo no les reportó siquiera ni ató las manos la medida y silencio de la víctima? Aunque Jesucristo no fuera Dios, sino puro hombre, por fuerza debía hacer mella y enternecer sus corazones de piedra aquella hermosura tan afeada, aquella flor marchita, aquel cielo luciente convertido en retablo de dolores; mas, lejos de esto, á semejanza de las nubes sobremanera recargadas que lanzan impetuoso granizo ya sobre los floridos prados, ya sobre los amenos huertos, sin que sean parte á detener su furia ni la lindeza de las flores, ni la sazón de los frutos, así no pudo desarmar á aquellas furias infernales la infinita hermosura y hechizo incomparable del Hijo de la Virgen. Y como en tan deshecha tempestad de azotes y arroyos de sangre sólo quedase intacta la sagrada cabeza del Salvador, contra ella le revolviéron su furor, y pasmaos de la arrogancia y crueldad de los sayones! de propia autoridad, por iniciativa propia, con invención nunca vista, sin comunicar con el juez su pensamiento, hincan en ella una guirnalda de punzantes espinas, como si no las hubiese para Cristo de más gloria y ornamento en los verjeles de su cara Palestina; y vendándole los ojos, y echándole á los hombros un andrajo de púrpura como á rey de burlas, rodéanle con fingido acatamiento, y escúpenle unos en el rostro, otros le abofetean las mejillas, golpéanle aquéllos con una caña y mézanle éstos la sagrada barba que va goteando con la divina sangre. Y siendo así que los ministros más desapiadados suelen encubrir al rey los instrumentos del suplicio, no usaron los de Jesucristo de este linaje de humanidad con su persona adorable. ¿No veis, muy al revés, cómo le fuerzan á llevar sobre las espaldas molidas y despedazadas con los azotes su propio patíbulo? ¿No le veis caminar paso á paso con aquella carga tan pesada, temblando las rodillas y encorvado el cuerpo, no como Isaac con el haz de leña, por descaminos y sendas excusadas, de noche, silenciosamente, sin más testigos que las estrellas del cielo, sino á la luz resplandeciente del medio día, por las calles de Jerusalén, con pre-

por apostrofe de

por hipotiposis y contrastes lastimosos.

por vive semejanzas.

La coronación:

transición de maravilla:

en carecimiento por sustitución y antitesis.

otras injurias.

La cruz á cues-

por congeries de circunstancias notorias.

¹ Deut., xxv, 3.—² Theoph. lect. in 2 Cor. 11.³ Ps. lxxvii, 27.

El Calvario:

gonas y trompetas que lo iban delante pregonando, con ruido de lanzas y cajas alrededor, y un mar de gente que por todas partes le cercaba?

Llegados al Calvario, no se contentaron aquellos perversos enemigos con ponerle comoquiera en el madero, cubierto de sus sagradas vestiduras. No, cristianos; no hartaba esto su maldita hambre de tormentos, y así le despojaron de ellas, hasta de la túnica interior, la cual, como estaba apegada á las llagas, y la sangre ya cuajada y abrazada con la misma vestidura, al despegársela de golpe aquellos malvados, verdaderamente le desollaron y renovaron los arroyos de la sangre. Al punto derribánle sobre el leño de la cruz, extiéndenle, estiran sus miembros, clávanle las manos á duras martilladas, clávanle los pies, y luego (perdonadme si corro apresuradamente, por no lastimarlo el corazón con el relato circunstanciado de tales horrores), y luego, con infernal vocería y algarazara que hizo huir espantado al sol, y estremeció á la tierra, y pasmó á todas las criaturas insensibles, levantaron en alto al rey de la gloria, y enseñáronlo desnudo y colgado de tres escarpías en el día más solemne, en el lugar más infame, en la postura más dolorosa y afrentosa, comoquiera que, mandando la ley que se sujetase á los crucificados y malhechores con ligeras ataduras, á Cristo nuestro Redentor le enclavaron con garfios gruesos y esquinados, y, como muchos escriben, romos y desmochados, para que más crudamente le rasgasen las delicadas carnes. ¡Oh Hijo de Dios vivo! ¡Oh hombres, mas no hombres, sino fieras inhumanas! Desahogaos, pues, hartad esa crueldad insaciable, soldad la rienda á las furias que os agitan, que es Dios quien padece, y la paciencia de Dios es infinita.

Mas ¿por qué causa crucificarle entre dos ladrones? No fué esto mandamiento del juez, sino invención de los ministros y ejecutores, los cuales, de propia autoridad, trazaron aquel arbitrio de infamar al Redentor, é hicieron con su Majestad cuanto se les antojó: *Fecerunt in eo quaecumque voluerunt* ¹. Mas ¿por qué causa, hermanos míos? Acordáronse

¹ Matth., xvii, 12.

aquellos desalmados que Jesucristo, en el discurso de su Pasión, solamente se había lamentado del agravio inmenso y desacato intolerable que le hicieron en el Huerto, saliendo á prenderle á guisa de ladrón, con lanzas, cordeles, paños y alabardas: *Tanquam ad latronem cum gladiis et fustibus existis comprehendere me* ¹. ¿Conque, se dijeren entre sí, lo que más le duele y le llega al alma es que le traten como á ladrón? Pues tratémosle como á ladrón, y pase por ladrón, mal que le pese. Y así, no contentos con haberle antes puesto á un ladrón famosísimo, apellidando á voces *libertad* para Barrabás, *crucificalo, crucificalo* contra el Salvador, acompañado de ladrones le hicieron caminar hacia el Calvario, y en medio de ladrones le alzaron en la cruz. ¡Tal era su afán de herir en lo más vivo al Redentor del mundo! ¿Quiso ser tenido y reverenciado por rey? Pues pase por rey, pero de ladrones y homicidas: *Morte turpissima condemnemur eum* ². Con muerte afrentosísima sea condenado. ¿Quién no sabe que la muerte de cruz era en todo el mundo la más ignominiosa? Por ignominiosísima la juzgó Marco Tulio al llamar á la cruz *vilísimo tronco* ³; por ignominiosísima la tuvo Séneca apellidándola *leño infausto* ⁴; por ignominiosísima Tito Livio nombrándola *madero infame* ⁵; por ignominiosísima San Agustín al decir que, entre todos los linajes de muerte, el peor y más humillante es la muerte de cruz: *Ille morte nihil est pejus in omni genere mortium* ⁶. ¿Qué sería, pues, muerte de cruz con tantas circunstancias sobreañadidas de oprobio y pública deshonra?

Desnudo estaba el Hijo del Altísimo y cosido de tres clavos; desnudo el fruto virginal de la purísima Doncella, y erguido el sagrado cuerpo en sitio descubierta y eminente, á vista de innumerable y curiosa muchedumbre.—A mi parecer, hermanos míos, de cuantos cuchillos atravesaron el Corazón de Jesús, el que más hondamente le traspasó fué el de la vergüenza y confusión. Y ¿qué duda cabe? La pena más profunda para las almas limpias es el sentimiento de

¹ Matth., xxvi, 55.—² Sap., ii, 20.

³ In Ver., v, 6.—⁴ Epist., 101.

⁵ Lib. 4.—⁶ Tract. 36 in Joan.

la crucifixión,

por enumeración de los adjuntos,

por amplificación de dolor,

preterición

y permisión.

Entre dos ladrones,

encarecimiento por causas

y táctica prosa Popeya,

conduplicación

y epifonema,

Infamia de la cruz.

por autoridades

y arg. a minori,

Vergüenza de la desnudez,

por autoridad general

la vergüenza, dice el Crisóstomo: *Gravissima omnium poenarum, pudor* ¹. De ahí que el Apóstol de las gentes sólo de ella hizo mención escribiendo á los hebreos; que Jesucristo, proponiéndosele el gozo y el deleite, no hizo de ello ninguna estima, antes se abrazó con la cruz, despreciando la confusión: *Proposito sibi gaudio, sustinuit crucem, confusione contentus* ². Mas ¿no tuvo nuestro Redentor otros trabajos que despreciar, otros contratiempos que vencer para abrazarse con la cruz? Ciertamente, y muy recios de contrastar. Despreció temores, despreció congojas, despreció golpes y bofetadas, despreció y puso debajo de los pies atamientos, clavos, hieles, desamparos, agonías. Pero no estaba en esto su mayor victoria. Lo grande, lo illustre de Jesucristo, lo verdaderamente hazañoso, fué que despreciase y hollase la propia confusión. Por donde, á la manera que, cuando queremos ensalzar á un héroe que desbarató á infinitos enemigos, solemos citar al principal ó principales, y así decimos de David, el vencedor de Goliat, de esta forma, dice el Apóstol, de Jesucristo, que murió en la cruz despreciando y pisando la confusión de ella: *Confusione contentus*. Esta confusión traía siempre el divino Jesús ante los ojos, como el mayor reventón de su camino y la cosa más dificultosa de vencer: *Tota dia verecundia mea contra me est* ³. Esta representaba á su eterno Padre, como el trago más amargo que bebía por su amor y acatamiento: *Scito, quoniam sustinui propter te opprobrium* ⁴. Y en otro lugar: *Oportuit confusio faciem meam* ⁵. Cubrió la confusión todo mi rostro; y en otro: *Confusio faciei meae cooperuit me* ⁶. La confusión de mi rostro todo me cubrió. Esta declaró su Majestad ser tan extremada que sólo Dios era capaz de comprenderla bien: *Tu scis improprium meum, et confusionem meam, et reverentiam meam* ⁷. Tú conoces mi afrenta, y mi confusión, y mi empacho y vergüenza. Ésta, finalmente, aquel manjar, desabrido como el ajeno, que habia de hartar el hambre infinita del Hijo de Dios, como testifica el profeta Jere-

¹ In Paul. epist.—² Hebr., xii, 2.

³ Ps. XLIII, 16.—⁴ Jer., xv, 15.—⁵ Ps. LXXVIII, 8.

⁶ Ps. XLIII, 16.—⁷ Ps. LXXVIII, 20.

mías: *Saturabitur opprobriis* ¹. No dice que se hartaría de dolores, de azotes, de derramamiento de sangre, de descoyuntamiento de huesos; antes de todo esto murió sediento el Salvador, aunque anegado en mares de sangre y de dolores, según interpretan los santos la postrera demanda: *Sitio, sitio*, sino que moriría harto de oprobio y confusión: *Saturabitur opprobriis*. ¡Tan hondo fué su sentimiento!

XIV

Arg. 13.
No hay quien le consuele:

Ahora bien, hermanos míos, ¿qué hombre se hallará, aunque revolváis las páginas más sangrientas de la historia y los anales de los pueblos más feroces, cuya pasión y muerte no haya sido más llevadera, menos acerba y cruel que la Pasión y muerte de vuestro Padre, de vuestro Redentor, de vuestro Dios? A contar hoy esta tragedia lamentable á las duras rocas, á los ásperos peñascos, no dudo que se ablandaran á mis voces y saltaran en pedazos con oculto sentimiento, ni sería nueva en los elementos insensibles esta muestra de quebranto en la muerte de su Hacedor; y con todo, siendo vosotros sus hijos, sus redimidos, por quien derramó caudalosamente su divina sangre, no aseguraría haberos visto derramar una lágrima. Antes veo que habéis atendido á mis razones con ánimo sosegado, con semblante tranquilo, con ojos enjutos y serenos, indicio claro de cuán poco os han lastimado los tormentos de Jesús. Y á la verdad que no me maravillo, católicos; porque para complemento de la Pasión, para colmo de los dolores inefables, de las injurias no creíbles, de las inauditas ignominias del Hijo de Dios, es menester que no encuentre quien le consuele y compadezca. Aguardé, dice por el profeta, quien se condoliese conmigo, y no le hubo; quien me consolase en mi aflicción, y no le hallé: *Sustinui qui simul contristaretur, et non fuit; qui consolaretur, et non inveni* ².

Al desventurado Job, tendido en asqueroso muladar, no le faltaron tres amigos que, movidos á compasión de su

¹ Thren., III, 30.—² Is., LXVIII, 21.

desgracia y desnudez, rasgaron sus vestidos y estuvieron siete días y siete noches quedos y enmudecidos á su lado, llorando, gimiendo y empolvados con ceniza en demostración de inconsolable duelo. Cuando Catón el menor, por mandamiento de César, fué arrancado de la tribuna á la cárcel, salió todo el Senado de Roma acompañándole con semblantes caídos y llorosos, lastimados de su desastre repentino. Cuando Dionisio el Tirano, destronado por Timoleón y lanzado de su tierra, fué á aportar á la ciudad de Corinto, corría á su encuentro la muchedumbre atónita á contemplar, no sin lágrimas, la miseria del regío desterrado. Pero Vos, ¡oh dulcísimo Redentor y Padre mío!, ¿qué pechos habéis movido á compasión de vuestros dolores? ¿quién os ha dirigido una palabra de consuelo, una mirada de misericordia y piedad? ¡Oh bien mío y piadosísimo Jesús! Figúrase me que, volviendo los divinos ojos enturbiados con la sangre, miráis en derredor, y me decís: *Circumspecti, et non erat auxiliator* ¹. Miré con atención á todos lados, y no vi uno que me auxiliase en mi dolor. Hasta de vuestros discípulos más regalados, quién os entregó, quién os negó, aquellos os volvieron las espaldas; vuestro mismo Padre no parece sino que os ha abandonado en poder de las tinieblas y en las uñas de fieros atormentadores: y si vuestra Madre benditísima, con otras piadosas mujeres, os acompañaban en la sangrienta jornada, ¡ay de mí!, ¿qué habían de hacer flacas mujeres y mirando de lejos, *mulieres de longe aspectantes* ², entre el confuso tropel de judíos que se encarnizaban en Vos, de verdugos que os martirizaban, de vil soldadesca que os escarnecía; de sacerdotes, de fariseos y de escribas que con silbos, y palmadas, y meneando las cabezas blasfemaban y lanzaban contra Vos su infernal ponzoña? *Et praetercuntes blasphemabant in eum, moventes capita sua* ³.

¹ Is., LXXIII, 5.—² Marc., XV, 40.—³ Matth., XXXVII, 39.

XV

Arg. 14.
LA LANZADA: PERFORACIÓN.

Pero ¿qué maravilla, cristianos, que tan poco se apiadasen aquellos ministros desalmados de Jesucristo vivo, pues tan fieramente le maltrataron muerto? Hubo, oyentes míos, hubo entre aquella chusma del infierno quien se airase y enfureciese contra el sacrosanto cadáver delante de los mismos ojos de la bendita Madre. ¡Oh nefario atrevimiento! ¿quién vio ú oyó más horrible inhumanidad? Lloró Catón al ver los cadáveres de los romanos contra quienes había guerreado ¹. Lloró Tito al contemplar los cuerpos difuntos de los judíos, que él mismo había asolado y destronado ². Y Alejandro, el famoso Alejandro, que con tanta porfía, con tanta costa y sudores había trabajado para dar muerte al infeliz Darío, todavía, cuando le vió cadáver exánime y yerto, no pudo contener las lágrimas y, desprendiendo de los hombros su manto de púrpura, cubrió y envolvió con él el desnudo tronco, y dióle muy honrosa sepultura. ¡Y contra el cadáver de mi buen Jesús, todo llagado y despedazado, aparéjase la lanza, enrístrase por el aire y atraviésanla con gran fuerza por el costado del Salvador! *Unus militum lancea latus ejus aperuit* ³. ¡Oh crueles ministros! ¡oh corazones de hierro que osasteis herir el de Jesucristo mi Señor! ¡qué rabia tan crecida á quien no atajó ni enterneció mirar aquellos ojos difuntos, aquel caimiento de rostro, aquella amarillez y obscuridad de muerte que sombreaba todos los miembros! Hacer burla y maltratar á un muerto (dice sobre este pasaje San Crisóstomo) es peor que el mismo suplicio de la cruz. *Illudere mortuo, quam ipsum crucis supplicium longe pejus est* ⁴.

¿Aquí no revienta el corazón? ¿aquí no se derriten las entrañas? ¿Quién puede contemplar tal estrago sin desfallecer de pena? A mí fáltame aliento para ponderarlo y lágrimas para llorarlo cumplidamente. Lloradlo vosotros,

Tránsito por corrección:

inhumanidad extraña.

por comparación de otros que fueron llorados después de muertos.

¡Sólo Jesús es alcanzado!

Amplificación por hipoposia del Salvador difunto.

Perforación de llanto.

¹ Plut. in Cat.—² Jos. de bell. jud. L. 7, c. 24.

³ Joan., XIX, 34.—⁴ In Joan. Hom. 84.

por ayes y amar-
ga prosopeya.

por descripción y
comunicación uní-
versal,

por queja dulcís-
ma a los oyentes.

Conclusión por
apóstrofe

y epílogo.

FRUTO DE LA
PASIÓN: No más
pecar.

Arg. 15.
Por la doctrina
del Apóstol.

ángeles del Paraíso; llóralo, sol, obscuriéndote; lloradlo, cielos, encapotádoos y desplomádoos con horrosas tempestades; lloradlo, sepulcros, devolviendo vuestros muertos; lloradlo, peñas, despedazádoos; lloradlo, montes, estremeciéndoos; lloradlo mares, rebramando; ríos, deteniendo vuestras corrientes; y vosotras, criaturas las más duras é insensibles del universo, llorad amargamente, removiéndoos de vuestros asientos, desquiciádoos, desconcertádoos con temblores espantosos. Si vosotros no lloráis, no sé por cierto qué lágrimas ofrecer al Salvador del mundo, á mi amor crucificado... Porque ¿á quién demandaré lágrimas para acompañar la muerte y sepultura del Hijo de Dios?

¿A las que perdieron sus maridos? ¡Ay de mí, que me responden haberlas agotado y derramado todas por sus difuntos esposos. ¿A los jóvenes? Las prometieron todas á miserables criaturas á quienes han jurado eterno amor. ¿A las madres? Protéstanme que únicamente saben llorar y deshacerse en llanto junto al sepulcro de sus prendas malogradas. Y así, á vosotros ¡oh ángeles!, que no fuisteis los redimidos por Cristo; á vosotros, peñascos y seres todos de la insensible naturaleza, toca llorar en este día de quebrantamiento y desolación, si no queréis que los funerales del Hijo de Dios se celebren sin los honores de costumbre en las sepulturas de los hombres! Con ser así que, según he demostrado manifestamente, sobrejugaron sus pasiones todas las pasiones, sus tormentos todos los tormentos, y su muerte en afrenta y acerbidad no tuvo ni tendrá por todos los siglos semejante; porque no hay ni puede haber dolor comparable á los dolores de nuestro Señor Jesucristo: *Non est dolor similis, sicut dolor Christi.*

PARTE TERCERA

XVI

No quisiera, cristianos, que todo el fruto de la dolorosa historia de la Pasión divina se limitase á solas lágrimas. Puede nacer este sentimiento de compasión de corazones

tiernos y naturales blandos, que se lastiman del trabajo ajeno y de la persecución y atropellos del inocente; y la muerte de un Dios crucificado no ha de llorarse como se lloraría la de un corderillo degollado. Desearía más bien que sacásemos de ella un profundísimo afecto de confusión y arrepentimiento, considerando nuestra enorme ingratitud con aquel Señor amorosísimo que murió por nosotros en la cruz. El apóstol San Pablo dijo, escribiendo á los Romanos, una sentencia misteriosa, que, si bien encierra dificultad, quiérola explicar para vuestro provecho y enseñanza.

Dice, pues, que el eterno Padre ha propuesto al Verbo humanado: *Propitiationem per fidem in sanguine ipsius; ad ostensionem justitiae suae, propter remissionem praecedentium delictorum*¹; conviene á saber: como propiciación en virtud de la fe que se nos infunde por los merecimientos de su sangre, para manifestación de su justicia y remisión de los pecados precedentes. Que en la muerte de nuestro Señor Jesucristo campeó soberanamente y resplandeció la justicia y misericordia divina, lo comprendo; la justicia en la rigurosa paga que exigió su Majestad para rescate del esclavo; la misericordia en el amor excesivo con que ofreció á su Unigénito á muerte, y muerte de cruz por los rebeldes siervos. Mas ¿por qué dijo el Apóstol que murió el Hijo de Dios en remisión de los delitos pasados, y no de todos pasados, presentes y por venir? *Propter remissionem praecedentium delictorum.* ¿Por ventura no se ofreció este sacrificio en satisfacción de todas las iniquidades de los hombres que fueron y serán en las generaciones de los siglos, y sobradísima para salud de mil mundos que existiesen por toda la eternidad? Ciertamente que sí. ¿Cómo, pues, no empleó el Apóstol una expresión más amplia, que abarcase lo futuro y lo posible, y no ceñirse á lo pasado y existente? No se me esconde la solución literal del insigne intérprete Pereira, á saber: que siendo naturalmente imposible que el efecto preceda á su causa, y el rayo al sol, y las aguas á su fuente, era muy dificultoso de entender cómo los pecados del mundo antes del advenimiento de Jesucristo fueron perdonados

Transición perfecta.

de sentimientos

de obras.

Notable testimonio.

Interpretación del primer miembro,

del segundo miembro,

por sustentación.

Interpretación primera,

¹ Rom., III, 35.

de Pereira.

Interpretación
segunda de Sal-
merón,no habrá ya más
pecados:luego basta que
se perdonen los
pasados,por tácita proso-
popeya

y testimonio.

Arg. 16.
AFCROS DE HO-
RRON.Y con todo, no
se ven sino peca-
dos

en virtud de la sangre no derramada todavía, y saldadas las antiguas deudas con satisfacción que estaba por pagarse. Y así, atento el Apóstol á arraigar en los ánimos de los gentiles las verdades más profundas de nuestra fe, hizo particular memoria de los pecados cuya remisión parecía más ardua de creer, ó menos conocida de los fieles, cual es el perdón de las culpas precedentes ¹.

Sobre esta interpretación literal quiéromo proponer otra moral y mística, apoyada por ilustres expositores como Salmerón ² y Saboto ³, y otros varones sapientísimos ⁴: y dígoos que expresamente escribió *para remisión de los pecados pasados*, y no de los siguientes ó por venir, para darnos á entender el bienaventurado Apóstol que, muerto Jesucristo por el pecado, no había de haber más pecados en el mundo. Estaba su corazón todo abrasado en el amor de Cristo, sentía altamente de su Pasión, hacía imponderable estima del precio de su sangre, del valor de sus merecimientos infinitos: y así no alcanzaba su entendimiento, aunque sublime, cómo sería capaz ningún redimido de pecar después que sangre de Dios había limpiado la tierra, después que tantos y tales tormentos había sufrido el Unigénito del Padre en razón de satisfacer por el pecado. Y así, basta que ponga, se diría el Apóstol, para remisión de las culpas precedentes, porque parece superfluo hablar ya de pecados por venir. Con hacer sólo memoria de los pecados, dice Justiniano, insintía bastantemente que la vida y estado del pecado pasóse ya y desapareció del mundo: *Dum praeterita peccata solum recenset, indicat quodammodo statum peccati praeteriisse* ⁵.

XVII

Y, á la verdad, ¿quién pensara jamás, si la experiencia no dijera lo contrario, que podía haber hombres tan desatinados, tan locos, tan inhumanos y bestiales, que sabien-

¹ In epist. ad Rom. Disp. 15.—² Salm. Disp. 28 in Ep. ad Rom.³ Adam. Sabbot. in Ep. ad Rom.—⁴ V. Corn. Alap.⁵ Bened. Justin. in hunc loc.

do por lumbre de fe cómo el pecado dió muerte al mismo Dios, se atrevesen, no obstante, á franquear al maldito pecado las puertas de su corazón, á albergarlo en él, á acariciarlo y á tratar como amigo al verdugo de aquel piadosísimo Señor, que nos rescató con su sangre? Prodigio es éste tan espantoso, que, á no verlo frecuentemente, parecería mentira y caso imposible en el mundo.

Pero ¡ay de mí! ¡que me estremezco al recordarlo, y me estalla el corazón en el pecho al referirlo! Hállanse casi infinitos que no sólo albergan y se deleitan en el pecado, sino que del pecado se sustentan, y sobre el pecado fundan su renta y patrimonio. Porque, decidme, ¿de qué viven tantos comediantes impúdicos? ¿de qué viven tantos escritores impíos y escribanos fraudulentos? ¿de qué tantos homicidas asalariados? ¿de qué viven tantas meretrices livianas? ¿de qué viven tantos pecadores sensuales y lascivos? Sí, ¿de qué viven, os pregunto, sino de las injurias que en el pueblo cristiano se cometen cada día contra Dios? *Peccata populi mei comedunt* ¹. Comen los pecados de mi pueblo, podemos decir con el profeta Oseas. Porque verdaderamente los pecados son su finca, los pecados su capital, los pecados sus fondos y patrimonio; de suerte que el día que cesasen los hombres de pecar, ni hubiese quien ofendiera á Dios, todos ellos, á breve tiempo, sería forzoso que se declarasen en quiebra.

Más aun; salid, salid por esas calles y plazas, y decidme: ¿qué otro nombre se maldice á cada paso sino el nombre sacrosanto de Dios? Si uno quiere desfogar su corazón embravecido, vomita blasfemias contra Dios; si divertirse, si regocijarse y divertirse y regocijar á los demás, las risas y carcajadas se encaminan frecuentemente contra Dios, en términos, que se tienen ya por insultos los donaires, por desabridas las gracias, por frías las chocarrerías y diversiones, donde no se despedaza el honor divino y se escupe su nombre venerado. Ya no gustan los chistes y pasatiempos, diré con Salviano, si en ellos no se injuria á su divina Majestad: *Nec putatur gaudium tanti esse, nisi Dei in se habeat*

Transición de
sombra:pruebase por in-
ducción cotidiana:

interrogaciones

repeticiones en-
fáticas.

Confirmación por

los juramentos
falsos.¹ Os., iv, 8.

y blasfemias horribles contra Cristo, *injuriam*¹. Y la sangre de Cristo, precio sin precio de nuestro rescate y libertad, ¿no es hollada y tenida á par de la inmundicia y basura de las calles? Desde la nobleza y señorío hasta el mozo de espuelas, todos ¡oh nefanda vergüenza! ¡oh sufrimiento divino!, todos la profanan, la pisan y la escupen. Escúpenla los lacayos en las caballerizas, blasfémala la vil canalla en los presidios y galeras, pisanla los arrieros en los caminos, huéllanla los trajinantes en las posadas, los labradores en el campo, los menestrales en el taller, los comerciantes en las tiendas, los bebedores en la taberna, los vendedores en las plazas y mercados. Por manera que (perdóname ¡oh querida ciudad! si te lo digo), ya no se puede andar por los parajes públicos sin horrorizarse uno y pasmársele el corazón. ¡Tanta es la irreverencia con que repiten á cada dos palabras la sangre de Cristo, ó, por mejor decir, con tan infernal vilipendio la desacatan y ponen debajo de los pies, como si Cristo nuestro Redentor la hubiera derramado tan caudalosamente por la tierra para hacer de ella inmundo lodo, según la amarga expresión del profeta Isaías: Vertióla, dice, para ser pisada de los transeuntes, como lodo de las plazas: *Ut ponat illum in conculcationem, quasi lutum platearum*².

Arg. 17.
Afectos de ser-
güenza,

XVIII

¡Oh Jesús mío! ¡Y por criaturas tan ingratas os dejáis así crucificar? Perdonad mi atrevimiento, pero me abrasa vuestro celo, y vuestra honra conculcada enciende mi coraje y me fuerza á levantar la voz. *Si filius Dei es, descende de cruce*: Si eres hijo de Dios, bájate de la cruz. Si, bájao de esa cruz, ¡oh Unigénito del Padre y hermosura de los ángeles! ¿Qué hacéis en ella? ¿qué hacéis, Hijo de Dios vivo? Conque ¿derramáis á torrentes vuestra sangre para que sea menos estimada? ¿Qué fruto sacáis de este derramamiento? ¿qué bien? ¿qué utilidad? Ea, descended, descended de esa cruz. Aunque les deis la sangre toda de

y dolorosa conce-
sion,

¹ Lib. 6 de Provid.—² Is., x, 6.

vuestro corazón, ¿qué esperaréis de los hombres? Aunque sacrificéis por ellos la preciosa vida, ¿creéis, por ventura, que los hombres os amarán, os respetarán, os obedecerán? Os engañáis, Señor, os engañáis. Seréis pospuesto á un vil interés, á un deleite liviano, á un puntillo de honra. Y si por acaso os pusierais, ¡dulce Jesús mío!, á que escogieran entre Vos y uno... no lo diré, Señor, para no empañar públicamente vuestra limpieza eterna y sin mancilla... pero si les diesen á escoger, no os lisonjeéis, Señor; de cierto perderíais. Que si os vendieron un tiempo por treinta monedas de plata, *triginta argenteos*, hoy los cristianos ¡oh ultraje infinito!, hoy los cristianos os venderían por treinta maravéis. Porque tal estimación hacen de Vos los redimidos, que no me atrevería á llevarlos á la plaza ó mercado público y ponerlos en competencia de cualquier mercadería, aun la más pobre y baladí; porque estoy seguro que saldríais vencido y apreciado en menos. Vencido saldríais puesto en balanza con el trigo, con el aceite, hasta con los agraces y verduras. No valdría, no, que, desahogando vuestro oprimido y amante corazón, os quejarais dulce y amargamente con vuestro profeta: Mi pueblo, mi amadísimo pueblo, quiere más el ollejo de la uva exprimida que no á mí: *Diligunt vinacia uvarum*¹. No valdría, digo, porque os dejarían lamentar á vuestro placer, á trueque de salir ellos con sus dañados intentos y saciar sus abominables concupiscencias; no se empacharan de burlarse de Vos (¿entendéislo, Redentor amabilísimo?), de burlarse de Vos, y, tapándose los oídos y vueltas las espaldas, proseguirán impasibles su camino. Y por tales monstruos ¿continuaréis, Dios mío, en esa cruz? Ea, descendad ya, que rayar en locura vuestro amor. *Si filius Dei es, descende de cruce*. Porque por un bueno acaso hay quien ose dar la vida, como dice el Apóstol: *Pro bono forsitan quis audeat mori*²; mas por gente tan desalmada, tan ruin y menospreciadora de sus profundos sacramentos, ¿quién por todos los siglos lo creará?

Pero ¿con quién hablo? ¿á quién encamino estas razo-

por cotejo del
amor de Dios,

y la ingratitude de
los hombres;

apostolosis

é incremento.

Confirmación por
ficción bíblica?

Dios en la ba-
lanza de los hom-
bres;

afectos de lásti-
ma

y entrañable su-
plica.

Traslación por
corrección pateti-
ca.

¹ Os., III, I.—² Rom., v, 7.

nes? A un Dios que conoce muy bien tales desacatos, y los sufre y se deja atormentar por los mismos que hacen de su Majestad tan vil estima, y muere con entrañas de inefable misericordia, no sólo en satisfacción de los pecados anteriores á su sagrada Pasión: *Propter remissionem praecedentium delictorum*, sino, lo que sobrepuja todo sentido, en remisión de las culpas venideras. Pues ya que calla este mansísimo Señor, quiero yo tomar á mi cargo su defensa y suplicaros ahincadamente y conjuraros por esta sangre bendita que, cansados de las ofensas cometidas hasta ahora, os abstengáis de pecar en adelante.

á los afectos de esperanza

y compunción.

Arg. 18.
Afectos de dolor
y lágrimas de los
pecadores;

XIX

Y para lograrlo, ¿qué mejor argumento que ponerlos á la vista aquel fiero espectáculo que hizo horrorizar al cielo, temblar la tierra y trastornarse la naturaleza, sobrecogida de estupor? Ea, pueblo muy amado, si rehusas dar fe á mis palabras cuando, inflamado de amor, encarezco los tormentos de mi Jesús, ruegote que alces los ojos y veas por ti mismo á tu Dios y Salvador en este leño sacrosanto. Mírale devotamente; contempla esta sangrienta y lastimosa figura del Hijo de Dios, y dime si pudo subir á más su abrasada caridad. He aquí tu verdadera vida, no ya como colgada ante tus ojos, según vaticinaron anticipadamente los profetas: *Vita tua quasi pendens ante te*¹, sino, en realidad de verdad, colgada y pendiente de tres clavos. Dime, pues, ¿qué más quisieras de un Dios crucificado por ti, de un Dios lacerado y descoyuntado por ti, de un Dios agonizando por ti y arrojado en su propia y divinísima sangre? ¿Parécete si podía dar muestras más sobrepujantes de su regaladísimo amor?

Pero, si tú mismo no acertarías á desear mayores testimonios de su inefable cariño y misericordia inagotable, abre tus oídos y está atento á su justa demanda y queja sentidísima: Pueblo mío (así te habla al corazón con las

2.ª parte, sus palabras de cordalísimo amor.

por hipotiposis y alucación de J. C.

Transición imperfecta).

1.ª parte. Contemplación de J. C. crucificado.

argumento de su caridad.

palabras del dulcísimo Bernardo); pueblo mío, ¿qué causa puede haber para que gustes más de servir á mi enemigo y tuyo, que no á mí? *Popule meus, quid causae est, quod inimico meo vestroque libet servire, quam mihi*? Ea, respondeme, hijos míos, dice Jesucristo; ¿por ventura él os ha criado, como yo os he criado? ¿Os ha conservado él, como yo os he conservado y os conservo? ¿Os ha alimentado él por tantos años, como yo os he sustentado á los pechos de mi amorosa providencia? Y si tantas mercedes os parecen cortas, podréisme negar que no él, sino yo, os he redimido de la servidumbre perdurable? *Si parva haec videntur ingratiss, certe non ille, sed ego redemi vos*. Ruégoos que me digáis; ¿quién ha dado cuanto tenía por vosotros, y empujándose para enriqueceros, yo ó el demonio? Responded: ¿quién os ha redimido? Bien sé yo cuán caras me cuestan vuestras almas; sé cuánto he sudado por granjearlas; sé cuánto me he desposeído de mí mismo y desentrañado, y como deshecho por vuestro amor. ¿Parécenos todavía poco? Séase como decís; he dado poco, heme desvivido poco por vuestro bien. Pero mi enemigo ¿ha hecho otro tanto, por ventura? Si es así, idos enhorabuena, que yo llevaré en paciencia y me contento desde ahora en que me volváis las espaldas y corráis desalados en seguimiento del demonio. Mas si noche y día nunca maquinó otra cosa que vuestra perdición, ¿qué causa puede haber, hijos míos, por que gustéis más de servir á mi enemigo y vuestro que no á mí? *Quid causae est, quod inimico meo vestroque libet servire, quam mihi*? Cuéntenos él, si puede, los caminos andados en vuestro socorro; dígaos las vigiliias gastadas en adoctrinaros; recuérdenos los sudores derramados por vuestro descanso y alivio; enumere los baldones y escarnios sufridos por vuestra gloria, y muéstreos, además, la cabeza taladrada, los miembros despedazados, las manos y pies enclavados y el corazón alanceado por vosotros, como lo muestro yo. No, hijos míos; *non ille, sed ego redemi vos*; el demonio, mi enemigo y vuestro enemigo, busca vuestra ruina; sólo yo os he redimido, sólo yo os he prohijado para Dios; sólo yo os hice herederos del cielo en mi bienaventurada compañía. En un punto puede que me aventajen los hombres: que á

Paralelo entre J. C. y el demonio. Dios criador,

conservador

y Redentor.

Transición, por corrección.

á la sala de Lucifer:

imagen

y antitesia:

concesión oratoria.

¹ Deut., xxviii, 66.

los demás esclavos y prisioneros condenados á muerte preguntantes primero si quieren pasar á condición de siervos, y después los rescatan de la muerte; yo primero pagué el rescate, y luego pídoos si queréis pasaros á mi suave y amorosa servidumbre. Vuélvete á mí, porque te he rescatado: *Revertere ad me, quoniam redemi te* ¹.

3.^o parte, de testimonio filial

Cristianos, ¿no se os conmueven las entrañas al escuchar tan amarga como tierna reconvencción? Mereceríais, por cierto, que, desdeñado el Señor, se alejase de vosotros y os abandonase en poder del enemigo, herederos del infierno, y que os cerrase para siempre las puertas del perdón? Pero he aquí el mayor exceso de la caridad de Cristo, que se alegra y pide y suplica que perdone el Padre todas las ofensas pasadas y actuales, cometidas desde el principio del mundo hasta que se acabe, contra su divina Majestad. Tal es su formal y entrañable deseo, á nadie excluye de la participación de su sangre, á todos abraza en su dilatadísimo corazón: *Pater, dimitte illis*.

y de entrañable confianza.

Arg. 19.
Afectos de confianza y perdón; de compasión y enmienda.

XX

Si, perdonados sois y todos perdonados, amadísimos pecadores, de cualesquiera culpas, por muchas y graves que hayan sido. Perdón deseáis, y perdón os otorga el cielo y reconciliación eterna, si os doléis en vuestras almas. Perdonadas os son ¡oh jugadores! vuestras blasfemias; perdonados, mercaderes y negociantes, vuestros juramentos; perdonadas, licenciosos, vuestras liviandades; y á vosotros, murmuradores, vengativos, y hasta á vosotros, matadores y homicidas, os quedan hoy todos vuestros excesos, todas vuestras prevaricaciones graciosamente perdonadas. Mas ¿qué digo graciosamente perdonadas? No dije bien, ni hablé con rigor y propiedad. Hablé así y con profunda exactitud reveló la misericordias de Dios el profeta Natán; el cual, como vió el arrepentimiento de David y oyó de sus labios la compungida voz de *peccavi, Domine*: Señor, he pe-

1.^o parte, por enumeración y enfasis.

Corrección: arguimiento temerario.

¹ Is., XLIV, 22.

cado; luego al punto le dijo: Alégrate y regocíjate ¡oh Rey! porque el Señor ha trasladado igualmente tu pecado: *Domine quoque transtulit peccatum tuum* ¹. ¿Cómo no dijo que el Señor le había remitido, olvidado ó cancelado su deuda y obligación, sino más bien: ha traspasado tu pecado de ti: *Transtulit peccatum tuum*? Porque los pecados que la justicia de Dios descuenta á los mortales los cuenta sobre Cristo, y los crímenes que les quita de las espaldas de ellos los pone sobre las espaldas de su Unigénito. *Posuit Dominus in eo iniquitatem omnium nostrum* ². El Señor puso sobre él las iniquidades de todos nosotros.

ya pagó J. C. por vuestros pecados.

por testimonio divino o parafraseado.

¿Oís, oh amadísimos pecadores? ¿Oyes, oh pueblo venturoso? Alégrate, pues, y regocíjate, aunque el día sea de duelo y lamentación: porque te aligeró Dios de la pesadumbre de tus pecados y abrumó con ella los sagrados hombros de Jesús. Suyas son tus maldades, suyos tus yerros, que peso los llamó el profeta, *onus Domini*, porque su desmedida caridad hízole tomar sobre sí las cargas de sus hijos. Y el buen Jesús gusta de padecer por ti, y morir por ti, y sufrir por ti todo el rigor de la justicia divina. Entrégate, si puedes, en adelante á los mundanos pasatiempos, huelga, ríe y torna, si te lo sufre el corazón, al vómito de tus inmundicias, mientras tu Dios y Señor se despedaza de dolor por ti y por matar tus culpas... Mas ¿quién habrá entre mis amadísimos oyentes tan empedernido? ¿quién tan cruel contra el misericordiosísimo Señor y amor nuestro Jesucristo? Antes morir que pecar; sí, antes morir que volver á ofenderle. Por mi parte, alejaos de mí, dejadme con mi Jesús, que quiero llorar amargamente sus tormentos y el desamor de los hombres ingratos; y no porfiéis en atajar mi llanto, que no admitiré consolación por los días de mi vida. *Recedite a me, amare flebo; nolite incumbere, ut consolemini me* ³. Jesús mío, amor mío y todo mi bien, yo rehusé el vivir si no es para amaros ardentemente, constantemente, indefinidamente. *Charitas Christi urget nos*. La caridad de Cristo nos apremia, dice abrasado el gran Apóstol; la caridad de Cristo nos aguija y como nos

2.^a parte. La enmienda.

por concesión

adivinado.

3.^a parte. La protección particular.

de amor y

eterno agradecimiento.

2 Reg., XII, 13.—² Is., LIII, 6.—³ Is., XXI, 4.

fuerza á que los que viven, ya no vivan á sí, mas á aquel que murió por ellos: *Ut qui vivunt, jam non sibi vivunt, sed ei, qui pro ipsis mortuus est* ¹. Y ¿queréis que viva yo, no ya para mí, sino para mi enemigo? ¿yo vivir al pecado? ¿yo á mis pasiones? No más, Señor, no más. Morir quiero, morir deseo, y, si vivo, viviré para quien murió por mí; viviré para padecer mucho por ti, y trabajar por ti, y deshacerme por ti, y agotar todas mis fuerzas, y consumirme en tu servicio. *Anima mea illi vivet* ². Y vosotros, cristianos, ¿no queréis vivir para Jesucristo? Ea, pues, venid, derribaos á los pies de su duro lecho de muerte, y, con atravesado corazón, protestad de vuestro amor y lealtad eterna. Pedidle con lágrimas perdón, demandad misericordia, ó, si no, dejadme que presente en su acatamiento vuestras súplicas.

po^a con duplicación é incremento:

transición al

Arg. 20.
Protestación general,

XXI

Eterno Dios y Redentor de nuestras almas, mirad á vuestros pies los reos y verdaderos causadores de vuestra muerte. Lo reconocemos, lo confesamos traspasados los pechos de indecible pena. ¿Qué más queréis? Pero si nosotros tuvimos la culpa de que murieseis, más la tuvo vuestro infinito amor. Amor ha sido, que no manos de hombres, quien os ha enclavado en este leño de ignominia. Que si vuestro amor os sufriera vernos despeñar en los infiernos, como la justicia demandaba, lejos estuvieran de Vos los clavos, lejos los azotes, lejos las espinas, lejos las deshonras y la muerte; porque bien os estabais en el cielo glorioso y bienaventurado. Y ¿tanto valía la salvación de hombres miserables, desamorados y rebeldes, que tuvieseis por bien comprarla á tanta costa, á precio de vuestra misma sangre? ¡Oh caridad inefable! ¡oh espantosa dulcedumbre! ¡oh corazón divino, perdidamente enamorado de los hombres! Si los mismos ángeles entrasen por primera vez en este mundo, y no os conociesen á Vos ni nos conociesen á nosotros, quedaran fuera de sí y como enajenados al considerar

1.^a parte. De dulce

y amor entrañable.

(conduplicación)

interrogación;

admiraación)

¹ 2 Cor., v, 15.—² Ps. xxi, 31.

el sacramento de nuestro rescate. Creyeran, sin duda, que valíamos más que Vos, pues Vos moríais por nosotros... Concedednos siquiera, piadosísimo Redentor, que sepamos corresponder de veras á tan excesiva caridad. ¡Muera el cruel y desnaturalizado que no os ama, ¡oh amador eterno! *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum, sit anathema* ¹. Muera, repito, y perezca el cruel, el inhumano que todavía no os ama. Desterrado sea de la sociedad y trato de los hombres quien os niegue su mezquino corazón. Huya al momento y vaya á vivir entre fieras y riscos, vaya á ser atormentado de las furias infernales. Que entre hombres redimidos con vuestra muerte y rescatados con vuestra sangre, no debe, no puede vivir sino quien tenga resuelto y asentado vivir sólo para Vos.

Confirmación por fección; consecuencia divina.

a.^a parte. De temor

y eterna exención al

que no amare á J. C.

¿Qué esperáis? Resuélvalo sin tardanza quien antes no lo hubiere determinado; confírmelo y tornen á protestar los ya resueltos y entregados al servicio de su Dios. Y Vos, esperanza nuestra y único remediador de nuestras almas, hacednos participantes de vuestra gracia y herederos de vuestra gloria inmortal. Yo, en prenda de la nueva vida que empezamos desde este mismo punto, os doy á todos la bendición de lo alto, en nombre del Padre, que nos aliente y fortalezca; en nombre del Hijo, que nos ilumine; en nombre del Espíritu Santo, que nos aflore y abrase á todos en las llamas de la eterna caridad. Así sea.

Conclusión final

de esperanza

y de bendición.

¹ 1 Cor., xvi, 22.



OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO TREINTA Y CINCO

Lo más soberano, y á la par lo más dificultoso y principal de la elocuencia, es la **moción de los afectos**, en la cual pasa por obra maestra este discurso. Digo lo más alto y **soberano**, porque ¿quién es el hombre de veras elocuente? El que habla de manera que convence, que agrada, que doblega los ánimos. *Erit igitur eloquens... is qui in foro causisque civilibus ita dicit, ut probet, ut delectet, ut flectat*¹. Y de estas tres partes ú oficios, ¿cuál triunfa en la elocuencia? La postrera, que consiste en subyugar y rendir las voluntades. *Probare necessitatis est, delectare suavitatis, flectere victorias; nam id unum ex omnibus ad obtinendas causas potest plurimum*. Necesario es el probar, agradable el cautivar á los oyentes con la importancia del asunto y la magia del estilo; pero el mérito del orador estriba en conmover los corazones y hacer que amen lo que antes aborrecían, y aborrezcan lo que antes desordenadamente amaban. Digo lo más **dificultoso**, porque

*nec in solis rationibus omnis
Vincendi vis semper inest; nam libera mentis
Portio, quae imperium nostri solet una tenere,
Concipit interdum, ratione negante, figuras
Quas amat, atque ultro sequitur, seque afficit illis...?*

En la filosofía triunfa la razón, porque sólo se trata de convencer; en la elocuencia, donde se intenta además persuadir y arrastrar los ánimos á cosas arduas y de mucho sacrificio, aquél vence que sabe sujetar la parte más libre, indomable y caprichosa de nuestro ser. La cual á veces se aficiona tan desafortunadamente á un objeto, que ni el dictamen de la razón, ni los remordimientos de la conciencia, ni amenazas, ni afrentas, ni tormentos, ni la misma muerte lo harán volver atrás de lo que aprendió, ni que des-

¹ Orat., XXI, edic. de Lemaire; según otros, XII.

² Arias Montano. Rhetor. lib. III.

eche lo que abraza, ni que abraza lo que desecha. Aquí sólo vale la elocuencia con el auxilio divino; sólo ella posee las llaves del corazón para calmarlo ó apasionarlo, para sacar un afecto ó introducir otros, procurando que

*paulatim quos induit ardens
Exuat affectus, aliamque effingere formam
Incipiat*¹.

Pues ésta, que es la parte más excelente y la más dificultosa de adquirir, es también la más **necesaria**, sobre todo al predicador, cuyo principal oficio no tanto consiste en instruir, cuanto en mover los ánimos de los que escuchan; siendo cierto que más pecan los hombres por vicio y depravación de su voluntad mal aficionada, que por ignorancia de lo verdadero; y estos afectos depravados se han de arrancar con los afectos contrarios, como un clavo con otro clavo. Así lo asienta formalmente el V. Granada².

Ahora bien: en esta parte, nervio de la verdadera elocuencia, no tienen rival ni Cicerón entre los antiguos, ni SÉNTERI entre los modernos. Otros los aventajarán en la amplitud de la concepción, en la sublimidad de los pensamientos, en el rigor de la argumentación, en la copia y elegancia del estilo; mas, en el arte de conmover y como trastornar los ánimos, hay que cederles la palma. Esto me impulsó principalmente á verter á nuestra lengua al **Cicerón cristiano**; en esto, sobre todo, le pongo por dechado de elocuencia, y á esto con más especialidad, conviene á saber, á penetrar en los secretos de la moción y persuasión oratoria, se enderezan estos estudios ú **Observaciones críticas**.

Estudiémosle en este discurso, y veamos qué afectos conmueve y cómo los conmueve. Helo aquí por su orden:

Amor.

Compasión.

Horror de las culpas.

Vergüenza.

Dolor y arrepentimiento.

Confianza.

Amor.

¹ Arias. *Ibid.*

² Quamvis enim rhetor per totius causas corpus adspergi affectus, ubicumque rei magnitudo postulerit, praecipiat; hoc autem singulari ratione ad Ecclesiastem pertinet, cuius praecipuum manus potius in movendis quam docendis animis positum est: quum homines magis peccent affectu corrupto, quam ignorantia veri. Affectus autem pravi, velut clavus clavo, contrariis affectibus pellendi sunt. Rhet. lib. II, cap. II.

Comienza por el amor y termina por el amor, que es el afecto-rey y la pasión-madre y engendradora de todas las demás. Del amor procede el odio, el deseo y la aversión, la esperanza y la desesperación, la audacia y el temor, el gozo y la tristeza, y, finalmente, la cólera, que son las once pasiones que señalan los escolásticos después de Aristóteles. Este amor de Cristo circula, como la sangre, por todas las venas del discurso. El amor engendra compasión, y la compasión engendra amor, ¡misterio dulcísimo del corazón del hombre!, el cual se inclina por su propio peso hacia el que sufre; y si éste es inocente y padece por causa nuestra, no hay pecho que pueda resistir. Dios conocía este misterio, y, á fin de robarnos el amor, quiso ser objeto de la más honda compasión. La misma traza se sigue en este razonamiento, cuyo **fin próximo** es excitar «dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado, lágrimas, pena intensa de tanta pena que Cristo pasó por mí»¹. Esto intenta en el exordio, esto en la primera parte, esto por toda la segunda, hasta que, excitado este afecto con una vehemencia y artificio incomparable, mueve los demás en la tercera y postrera, donde sin dificultad confunde, y anonada, y aterroriza, y alienta, y aborrece, y abrasa en encendidas llamas de regaladísima caridad y llega al **fin último** de ofrecerse y dedicarse del todo al servicio y voluntad de Jesucristo, con íntimo agradecimiento de tan inestimable merced, como esclavos comprados á precio de la sangre de Dios, y á decir ya de veras: Si vivimos, para Cristo vivimos; y si morimos, para Cristo morimos; y así, ya sea vivos, ya sea muertos, siempre somos de Cristo, pues para esto murió Jesucristo y resucitó, para ser Señor de los vivos y de los muertos².

Para ello divide el camino en tres jornadas sangrientas, considerando:

En la 1.^a, las **causas** de la Pasión (1.^a parte).

En la 2.^a, las **circunstancias** de la Pasión (2.^a parte).

En la 3.^a, los **frutos** de la Pasión (3.^a parte).

Pero discretamente calla esta división al comenzar el discurso, contentándose con declarar el **fin** que se propone, que es probar la terribilidad de la Pasión del Hijo de Dios sobre todo cuanto han padecido ni padecerán jamás los hombres. Lo que intenta el orador es sacar lágrimas, y después otros afectos más provechosos; y á este intento, no sólo no ayudan, antes desayudan las divisiones áridas y

los raciocinios secos, que mal se compadecen con un ánimo traspasado de dolor.

Mas, antes de emprender la jornada, débese considerar, y es punto principal en la elocuencia, la preparación á ella, así la remota, como la próxima: aquí hallaremos las raíces de tanto fruto y la fuerza secreta que mueve toda esta maravillosa máquina. Para el que no lo pondere con atención, la elocuencia señeriana es un enigma.

Preparación remota han sido los treinta y cuatro discursos que preceden, hasta el postrero de la mansedumbre de Cristo-Rey, todos empapados en caridad de Dios y del prójimo, encendidísima; el ayuno cuaresmal de los oyentes, la confesión de sus pecados, las penitencias y procesiones públicas que en aquellos tiempos de fe se acostumbraban, mayormente los días de viernes y Semana Santa, cosas que recogían los ánimos y los disponían á sentir y llorar la dolorosa Pasión del Hijo de Dios; pero lo que más hace al caso, es la preparación del mismo SEÑERÍ que había de predicarla. Aquella oración ferviente, aquella contemplación altísima en que gastaba tres, cuatro, siete horas, y á veces las noches enteras; aquellos arroyos de lágrimas en que se bañaban los corporales y manteles del altar cuando celebraba el tremendo sacrificio; aquel rezar las horas canónicas con tanto espacio y sentimiento, y siempre de rodillas; aquellos incendios de divina caridad que del corazón le reverberaban en el rostro, ¿no era todo esto una preparación remota, sí, pero la más apta para abrasar á los oyentes con los rayos de su elocuencia?

¿Qué diré de su mortificación espantosa? ¡Oh cómo le disponían á sentir la Pasión de Jesucristo, y á hablar de ella con entrañables sollozos, aquellas disciplinas de dos mil y tres mil azotes, ya con recios cordeles, ya con cadenas de hierro, ahora dadas por su propia mano, ahora por mano ajena y más robusta, y esto dos y tres veces cada día; el dormir sobre duras tablas ó sobre un áspero cilicio; el caminar descalzo por sendas escabrosas, lastimados siempre los pies, que lavaba á menudo para que la piel no se endureciese; el revolcarse entre espinas ó sobre la nieve en lo más crudo del invierno, como varias veces lo practicó; aquel colgarse de dos clavos por más imitar á su amor crucificado, hasta que la sangre le reventaba por el lugar de las ataduras; aquel crucifijo que continuamente llevaba colgado del cuello, y cuyos agudos clavos, traspasando la cruz de madera, le herían el pecho y se le hincaban en la carne; aquel saco de cerda, aquel horrendo cilicio, á modo de ceñidor de hierro, de treinta y cinco palmos de longitud y guarnecido de tres mil ochocientas púas, que le rodeaba y ator-

¹ Ejer. esp. de S. Ignacio. Tercera Semana. Contemplación 2.^a

² Rom., xiv, 7.

mentaba todo el cuerpo desde la cabeza hasta los pies, y otros linajes de martirios que aquel corazón magnánimo, nunca harto de padecer por Cristo, inventaba sin cesar!

Ved aquí el vigor y nervio de la elocuencia de SÈNERI, como de la elocuencia del Crisóstomo, como de la elocuencia de Avila y Vieira, de Estrada y de Ramirez. Estudiar á SÈNERI como orador sin tener esto en cuenta, equivaldría á estudiar el movimiento de la sangre en el cuerpo humano sin fijarse en la fragua de ella, el corazón. Para defender pleitos ó intereses humanos, basta ser hombre; para defender la causa de Dios, es menester ser dioses; por participación de su espíritu y virtudes. Y ¿esto cómo se alcanza? Sólo mediante la mortificación que dispone, y la oración que transforma. Y nosotros, sin haber derramado, no digo la sangre, pero ni una lágrima por Cristo, ¿nos prometemos conmovir al auditorio? Los predicadores que predicán á Cristo sin tener su espíritu y sin sentir hondamente lo que dicen, más son farsantes que predicadores: elocuencia contrahecha, postiza, artificial. Sólo el alma hiera las almas; sólo quien es de Cristo sabe lo que él sintió y padeció. Tal fué SÈNERI. Su sola presencia, vivo retrato de Jesús paciente, compungía y trocaba los corazones. Más que **preparación remota**, es la vida santa un sermón efficacísimo que entienden los más rudos y ablanda á los más obstinados. Pero veamos ya la

Preparación próxima, la cual tiene lugar en el exordio. Quien no sienta lo que sentía SÈNERI, no podrá comenzar como él lo hace. Transportado en Cristo, y viendo en los pecadores á los verdugos del Hijo de Dios, desahoga su **dolor** intenso y comprimido por medio de una acerbisima **ironía**, con aquella exclamación: «Alegraos y regocijaos; en este día de amargura y desolación; alegraos y regocijaos; habéis vencido, pecadores...» Esta y las siguientes cláusulas, declamadas, no con aire de triunfo, lo cual rayaría en blasfemia, sino del más hondo y entrañable pesar, son un trueno pavoroso que repercute en el corazón del pecador y le hace despertar de su letargo.

Ya despiertos los oyentes y trasladados al lugar de la escena por medio de una **visión oratoria**, conmueve el afecto de **vergüenza y confusión** con dos **ejemplos**; el de aquellos rebeldes súbditos que se movieron á lástima á la vista de su rey tan maltratado, y el otro de los sayones que, después de crucificado el Salvador y muerto, volvían hiriéndose los pechos. De aquí el afecto de **compasión** y lágrimas que aviva **llorando** él mismo y suponiendo que ya lloran los oyentes. Para que crezcan estos arroyos de lágrimas, ahonda en el manantial de ellas, que es el **amor**,

lo cual hace por la etopeya de la **persona** que padece; rasgo bellísimo que ha de ablandar los corazones de piedra, si hay en ellos una centella de fe. De aquí torna á la **compasión**, por la muchedumbre y terribilidad de los **tormentos**: excita la **atención** por la prosopopeya de Cristo, rogando al auditorio que se detenga un poco á contemplar aquel retablo de dolores, y termina disponiendo al **llanto** por medio de la devotísima **deprecación** á la santa cruz. El **orden afectivo**, por consiguiente, no puede ser más natural ni más á propósito para disponer al concurso y llevarle adondequiera: porque,

- a) Lo despierta con vehementes apóstrofes de amarga ironía.
- b) Lo avergüenza, poniéndole delante otros ejemplos.
- c) Lo provoca á lágrimas por medio de las lágrimas.
- d) Atiza el fuego y la fragua del dolor, que es el amor.
- e) Conmueve la compasión por la persona que padece y lo que padece.
- f) Fija la atención, rogando el mismo Cristo que le miren.
- g) Con la vara de la cruz hiera la peña y brotan las fuentes del llanto.

Basta ya; no me propuse acompañar á SÈNERI en las tres jornadas, sino solamente desbrozar la senda, considerando la preparación remota y próxima del orador y del oyente, parte no la más fácil que tiene la elocuencia: que por esto dice el refrán que la jornada más difícil es hasta el salir de casa. Vémoslo en las otras artes y en la milicia. Antes de comenzar un edificio, ¡cuántos planos preceden, cuánto apercebimiento de materiales y de obreros! Y antes de romper el fuego en una batalla, ¡qué de preparativos son menester! ¿Y sufrimos que la más difícil y soberana de las artes, cual es la elocuencia, salga al campo poco menos que desnuda, sin estudio, sin meditación, sin oración? ¿Y habrá quienes, por alarde de ingenio, se glorien de improvisar?

*Sint procul a nostris, procul haec sint, mentibus ausa ;
Atque optem potius tardi crassique tenere
Ingenii nomen, tantum respondeat ipsum
Officium factum, Divis populisque probanda
Dicamus, tanta et pro majestate paventes¹.*

Por lo demás, ahí están las notas marginales que, á manera de los mojoneros, van diciendo al caminante dónde está de su camino. Sólo he de advertir, respecto de la **inven-**

¹ Arias. Rhet. lib. I.

ción, que está sacada de Santo Tomás, parte 3.^a, q. 96, artículo 6, donde pregunta si el dolor de la Pasión de Cristo fué el mayor de todos los dolores, y responde como nuestro predicador con las palabras de Jeremías que le sirven de texto: Considerad y ved si hay dolor que pueda compararse á mí dolor; y asienta que, ya se mire la Pasión exterior ó corporal, ya la interior ó del corazón, los dolores de Cristo fueron los más acerbos, por las mismas razones y circunstancias que pondera SÉNTERI. Aún saca, si cabe, más partido del artículo anterior, *Utrum Christus omnes passiones sustinuerit*, en que afirma y demuestra que realmente padeció todas las pasiones humanas, *non quantum ad speciem, sed secundum genus*, por las tres razones que allí alega.

En cuanto á la **disposición**, digo que es **naturalísima**, porque recorre los **antecedentes**, los **concomitantes** y los **consiguientes** de la Pasión; y al propio tiempo es **artificial** y muy elocuente, si se mira cada miembro de por sí y con relación al intento del orador.

Respecto de la **elocución**, procuré empaparme en el espíritu y divina elocuencia de nuestros autores místicos, los primeros del mundo y sólo comparables á algunos de los Padres más elocuentes, y, guardada la fidelidad de traductor, intenté imitarlos en el tratar de tan suave é incomprensible misterio.

Por lo que hace á la **amplificación**, que es el arma principal para conmover, vélese unas veces de la **enumeración** de partes, otras de los **efectos**, otras de los **adjuntos** que anteceden, acompañan ó siguen; otras de las **causas**, otras de los **lugares comunes**, pero con particularidad de las **circunstancias**, así de las personas como de las cosas. Y ¿cuáles son las circunstancias de las **personas**? Once, comprendidas en los siguientes versos:

*Consilium, affectus, natura, oratio, nomen,
Sors, habitus, virtus, studia, facta, casus*¹.

¿Y las circunstancias de las **cosas**? Son ocho, como se lee en el verso siguiente:

Quis, quid, ubi, per quae, quoties, cur, quomodo, quando.

No hago aplicaciones al presente discurso, por evitar prolijidad, y porque la cosa no es difícil. Pero obsérvese que los afectos excitados por medio de la amplificación son de

¹ La explicación de ellos puede verse en los antiguos Retóricos ó en el mismo SÉNTERI, *Arte di predicar bene*, Trat. II, cap. viii.

dos especies: *ήλικα*, ó más suaves, que se van desarrollando desde el comienzo de la primera parte hasta el párrafo XIV de la segunda; y *παθητικα*, ó pasiones vehementes, desde este punto hasta la conclusión. Las figuras de que naturalmente se reviste la amplificación **afectiva**, no la **demostrativa**, son aquí la exclamación ó congerie de exclamaciones, la hipóbole, la prosopopeya, las repeticiones, la admiración, la interrogación, alguna vez la abjuración é imprección, también la optación, y sobre todo el apóstrofe, que da vida á las demás, como cuando exclama al terminar la segunda parte: «¿Aquí no revienta el corazón? ¿Aquí no se derriten las entrañas? ¿Quién puede contemplar tal estrago sin desfallecer de pena? A mí faltame aliento para ponderarlo y lágrimas para llorarlo cumplidamente. Lloradlo vosotros, ángeles del paraíso; llóralo, sol, obscureciéndote; llorado, cielos, encapotándoos y desplomándoos con horrosas tempestades; llorado, sepulcros, devolviendo vuestros muertos; llorado, peñas, despedazándoos; llorado, montes, estremeciéndooos...» (§ XV.) Y no son fingidas estas lágrimas del **Cicerón cristiano**, antes puede decirnos harto mejor que el Cicerón gentil: «*Non mehercule unquam apud iudices, aut dolorem, aut misericordiam, aut invidiam, aut odium excitare dicendo volui, quin ipse in commoventis iudicibus, iis ipsis sensibus, ad quos illos adducere vellem, permoverer*¹; porque sabia cierto que, *neque ad misericordiam adducetur, nisi ei tu signa doloris tui, verque, sententiis, voce, vultu, collacrymatione denique ostenderis*². ¿Qué maravilla que arrancase lágrimas quien antes había derramado sangre de puro dolor? Y este dolor y compasión tan honda ¿cómo se engendra? Lo dice nuestro Arias Montano: identificándonos, por decirlo así, con la persona que padece, y tomando su causa por nuestra causa y su vida por nuestra vida:

*fortunam protinus omnem
Et miseros casus, et mentem ante omnia totam
Alterius vestire tibi; tua ducilo cuncta
Commoda, damna, malum, jacturam, spemque, metumque,
Et quodcumque potest animo superesse clientis,
Hoc patronus habe.*

Y entonces ¿qué acaece?

*Tunc natura tibi affectus animique parabit
Irritamenta et flammam, quibus ipse movere
Et turbare queas metumque impellere magno
Impete.*

¹ De Orat., lib. II, n. XLV.

² Cic. Ibid.

Ésta es la verdadera elocuencia, éstos los verdaderos afectos.

*Fingere quos nequeat, nequeatque ars ulla docere*¹.

¹ Rhet., lib. III in fine.



DISCURSO TREINTA Y SEIS

LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE

Oportet corruptibile hoc induere incorruptionem, et mortale hoc induere immortalitatem.

Conviene que este cuerpo corruptible se vista de incorrupción, y que este cuerpo mortal se vista de inmortalidad.

(1 Cor., 15, 53.)

EXORDIO

Por imitación oratoria.

ENTRE cuantas religiones antiguas y modernas han pasado por el mundo, no se hallará ninguna, fuera de la cristiana, que no haya sido blanda y complaciente con el cuerpo, permitiéndole, no solamente todo linaje de placeres honestos, pero también muchos vituperables y nefandos. Sola nuestra religión mostróse en todo tiempo rigurosa é inexorable con la carne, que no parece nacida sino para perseguirla y maltratarla. No bien apareció en la tierra, que luego al punto alzó bandera, sonó cajas, y, como des-
 envainando una espada de tajante filo:— Guerra, gritó, guerra vengo á traer á los pueblos y naciones; por tanto, quien quiera militar en mis reales, no hable de regalos y bienestar, de holganza y pasatiempos, porque desde ahora y para siempre dígoos á todos que no he venido sino á meter guerra, y cuchillo, y división: *Non veni pacem mittere, sed gladium*¹. Y, declarando más el blanco de su jornada y la empresa de su celestial divisa: «Venid, hombres, dice, y escuchad mi mandamiento. Los que os desposasteis con muchedumbre de mujeres, apartadas de vosotros, que una sola

1.ª parte. La religión cristiana, perseguidora de la carne;

por comparación con otras religiones.

por hipotiposis y proclamación general,

conduplicación y autoridad.

Proclamación especial

¹ Matth., x, 34.